



EL USO DEL LENGUAJE EN LA CONSTRUCCIÓN DEL CIUDADANO: LENGUAJE Y CONVERSACIÓN, MIRADA ÉTICA *

THE USE OF LANGUAGE IN THE CONSTRUCTION OF THE CITIZEN: LANGUAGE AND
CONVERSATION, ETHICAL PERSPECTIVE

15

DIEGO FERNANDO RINCÓN BERMUDEZ[†]
Universidad del Quindío - Colombia

Φ

Resumen

El escrito al que está por aproximarse el lector, tiene como objetivo principal reflexionar sobre la importancia que tiene para un ciudadano participar de un lenguaje compartido, para poder ser considerado como ciudadano. Esto implica reflexionar alrededor del uso cotidiano del lenguaje, siendo encontrado principalmente en una actividad como la conversación. Preocuparse por el uso del lenguaje en la construcción del ciudadano es inquietarse por las bondades sociales de esta actividad para hacerse ciudadano. En virtud de esta apreciación, la mirada ética de este escrito puede asirse en la medida en que el lector logre apreciar la importancia de la conversación para posicionarse en el mundo y para fortalecer la red simbólica que habita todo ciudadano.

Palabras clave: Conversar, identidad, espacio moral, ciudadano, lenguaje.

Abstract

The writing to which the reader is about to approach, has as main objective to reflect on the importance for a citizen to participate in a shared language, in order to be considered as a citizen. This implies reflecting around the everyday use of language, being found mainly in an activity like conversation. Worrying about the use of language in the construction of the citizen

* Recibido, Julio 27 de 2018. Aceptado, Agosto 24 de 2018

[†] Contacto: dfrincon@uniquindio.edu.co



is concerned about the social benefits of this activity to become a citizen. By virtue of this appreciation, the ethical gaze of this writing can be made to the extent that the reader achieves to appreciate the importance of the conversation in order to position itself in the world and to strengthen the symbolic network that every citizen inhabits.

Keywords: To talk, identity, moral space, citizen, language.



"Por millones de años, la humanidad vivió justo como los animales. Entonces algo pasó que desató el poder de nuestra imaginación. Aprendimos a hablar. Y aprendimos a escuchar. Hablar nos permitió la comunicación de ideas, permitiendo al ser humano empezar a trabajar unidos. Para construir lo imposible. Los más grandes logros del ser humano vienen por hablar. Y los más grandes fracasos por no hablar. No tiene que ser así. Nuestras grandes esperanzas pueden llegar a ser realidad en el futuro. Con la tecnología a nuestra disposición, las posibilidades son ilimitadas. Todo lo que necesitamos hacer es asegurarnos de seguir hablando".

17

Stephen Hawking.

Lo que aquí se quiere presentar es la utilidad del lenguaje como el principal insumo para la edificación del ser ciudadano. Para tal efecto, es necesario observar el uso del lenguaje en la cotidiana actividad de la conversación. Esta última, como acto comunicativo, es esencial en el fortalecimiento de la red simbólica que finalmente define aquello que se llama *cultura*. Conversar resulta promisorio para tejer y fortalecer el universo simbólico de la ciudadanía y, además, para hacer del lenguaje la principal herramienta que posee cualquier individuo para hacerse ciudadano.

Sobre el lenguaje conviene señalar su valor como configurador de mundo o como herramienta para simbolizar el mundo y actuar en él. Esto sugiere tener el lenguaje como una forma activa dentro de la sociedad y como una forma de hacer. Una de las consecuencias de esta noción sobre el lenguaje, puede ser que actúe como medio que tienen los individuos y grupos para ejercer control o para resistirse al mismo, medio para modificar o impedir el cambio en la sociedad, medio para afirmar o desarraigar identidades culturales.

Si se acepta tal teoría del lenguaje no cabe duda de que la cultura es posible gracias a la *función* arquitectónica que posee. Al respecto cabe señalar lo que considera Ernst Cassirer sobre lo que él denomina “función simbólica” del lenguaje:

En el reino del lenguaje, su función simbólica general es la que vivifica los signos materiales y los hace hablar”; sin este principio vivificador el mundo humano sería sordo y mudo. Con este principio, hasta el mundo de una criatura sordomuda y ciega puede llegar a ser incomparablemente más ancho y rico que el mundo del animal más desarrollado (Cassirer, 1992, p. 63).



El lenguaje mismo, el mito, la religión y la ciencia son algunas de las partes que constituyen el universo simbólico, integran los varios hilos con los que se entreteje la red simbólica, la compleja urdimbre de la experiencia humana.

La comunicación y la conversación son posibles si existe acceso a la cultura. Debe existir una identificación entre los hablantes para que estos actos sean exitosos. La siguiente es una extensa cita del antropólogo y lingüista Edward Sapir, donde se deja entrever la relación que guarda el mundo simbólico, la cultura, con la posibilidad de tender lazos de comunicación. En su estudio acerca del habla dice lo siguiente:

18

El mundo de nuestras experiencias necesita ser simplificado y generalizado enormemente para que sea posible llevar a cabo un inventario simbólico de todas nuestras experiencias de cosas y relaciones; y ese inventario es indispensable si queremos comunicar ideas. Los elementos del lenguaje, los símbolos rotuladores de nuestras experiencias tienen que asociarse, pues, con grupos enteros, con clases bien definidas de experiencias aisladas en sí mismas. Solo de esa manera es posible la comunicación, pues la experiencia aislada no radica más que en una conciencia individual y, hablando en términos estrictos, es incomunicable. Para que sea comunicada, necesita relacionarse con una categoría que la comunidad acepte tácitamente como una identidad (Sapir, 1954, p. 16).

En efecto, la posibilidad de comunicación en el sentido de poder hablar de una realidad común a la colectividad social requiere de varios elementos reconocidos por todos sus participantes. El lenguaje es uno de los elementos que mayor riqueza instrumental ofrece para el éxito de la comunicación. Cabe mencionar que el progreso en el pensamiento y el progreso de diversas experiencias fortalecen la red simbólica del mundo humano. Y el lenguaje, como parte constitutiva de esa compleja red, ofrece una ventaja enorme en la comunicación de esas experiencias. En otras palabras, la comunicación puede entenderse como un presupuesto necesario para que el pensamiento y las experiencias realmente fortalezcan y afinen la red simbólica.

La conversación puede observarse como una forma de actuar que beneficia el fortalecimiento de la compleja realidad humana, de la cultura. Con todo y eso, se debe admitir también que sin aquel elemento simbólico, no es posible ingresar al mundo de la cultura humana. Entender la ingeniería simbólica de ese complejo mundo humano permite seguir avanzando en la investigación sobre la importancia de la conversación. Pero se debe insistir en la importancia del elemento simbólico y el promisorio acceso a la cultura:

El principio del simbolismo, con su universalidad, su validez y su aplicabilidad general, constituye la palabra mágica, el “sésamo ábrete” que da acceso al mundo específicamente



humano, al mundo de la cultura. Una vez que el hombre se halla en posesión de esta clave mágica está asegurado el progreso ulterior (Cassirer, 1992, p. 62).

Todo esto sobre el lenguaje y la cultura, se halla afín con lo que entiende por cultura el filósofo canadiense Will Kymlicka. Parte de su significación de lo que él denomina *cultura societal*, tiene que ver con unos símbolos aceptados por los participantes de esa sociedad. Según Kymlicka, toda esta red simbólica que se expresa en las actividades cotidianas, debe garantizar unas formas de vida significativas, lo cual es precisamente la principal característica de la cultura societal. Así puede leerse:

[...] [La] cultura *societal* [...] es una cultura que proporciona a sus miembros unas formas de vida significativas a través de todo el abanico de actividades humanas, incluyendo la vida social, educativa, religiosa, recreativa y económica, abarcando las esferas pública y privada. Estas culturas tienden a concentrarse territorialmente, y se basan en una lengua compartida (Kymlicka, 1996, p. 112).

Siguiendo a Kymlicka, dentro de lo que él denomina “abanico de actividades humanas” , se puede incluir la conversación. Esta actividad, como acto de la vida social potencia la fuerza del mundo simbólico donde actúa el ciudadano. Parte de lo que significa ser ciudadano, tiene que ver con identificar la propia identidad como individuo, pero además, como alguien que participa de una sociedad, y que en virtud de eso, debe poder identificar su posición en dicha sociedad.

En este punto, es conveniente señalar lo que dice Charles Taylor sobre la noción de “Yo” , como aspecto sustancial de la participación ciudadana. La noción de *yo* en Taylor sólo existe en lo que él denomina un espacio de cuestiones morales. Por esta razón, él explora el trasfondo en el que se sostienen las intuiciones morales de las personas. Afirma que el trasfondo de esas intuiciones morales es una exploración de los marcos referenciales que articulan el sentido de la orientación de las personas, en el espacio de los interrogantes sobre el bien, es decir, en el espacio moral. De este modo, Taylor cree en la importancia de la afirmación de la vida corriente o de la producción y la familia, como catalizadores del sentido de benevolencia hacia los demás.

La identidad de la persona se desarrolla en una filosofía moral, o en otras palabras, “lo que es correcto hacer en lugar de lo que es bueno hacer” . De este modo, hay que enfrentar cuestionamientos morales, donde debe evaluarse si la vida es significativa y satisfactoria, y es cuando se puede discernir entre lo correcto y lo errado, lo mejor y lo peor... algo absolutamente necesario para la participación ciudadana.



Es importante llamar la atención sobre esa noción que tiene Taylor de lo que él denomina *vida corriente*. No por el hecho de ser precisamente vida corriente, las actividades que en ella ocurren carecen de trascendencia. Lo primero que conviene señalar de la vida corriente es su correlato con la dignidad. Desde Taylor puede afirmarse que la dignidad se eleva en el comportamiento de las personas. En este sentido, algo de la vida corriente comienza a hacerse relevante: la relación con el otro. Esto se lee en Taylor (1996):

Nuestra manera de andar, movernos, gesticular y hablar está configurada desde un primer momento por la conciencia que tenemos de que aparecemos ante los demás, de que nos encontramos en el espacio público y de que ese espacio es potencialmente el espacio del respeto o del desprecio, del orgullo o de la vergüenza (p. 30).

20

Visto de este modo, se entiende que el *yo* en el espacio moral logra asirse en la medida en que dialoga con el otro; porque valga decir, encontrarse en el espacio público, ser ciudadano y aparecer ante los demás es más efectivo en el diálogo, o mejor, en la conversación. Taylor señala el valor de la expresión en este sentido:

Así, el hecho de que ahora demos tanta importancia al poder expresivo significa que las nociones contemporáneas de lo que implica el respeto a la integridad de las personas conllevan el de proteger su libertad de expresión para expresar y desarrollar sus propias opiniones, definir sus propios conceptos respecto a la vida y trazar sus propios planes de vida (p. 41).

Ahora bien, la orientación moral es esencial para ser interlocutor y ser capaz de responder por sí mismo. Acá la relación entre identidad y bien debe considerar que las cuestiones del bien son susceptibles de articularse en un lenguaje aceptado. Y ese lenguaje existe y se mantiene en una comunidad lingüística. El *yo* no puede describirse sin referencia a quienes lo rodean; el *yo* sólo existe entre otros *yoés*.

La conversación resulta ser una actividad promisoría para la relación con los otros *yoés*. A partir de esto puede hacerse una lectura ética de la conversación. El hombre cotidiano conversa por muchas y variadas razones. Pero hay una que podemos relacionar con la necesidad de generar cohesión social, y por qué no, con la posibilidad de identificar los límites morales. Al asumir que dicha función es importante cuando se conversa, se asume también la realidad de ser animales sociales, pero sociales en la medida en que nos comunicamos con el otro para entender y asumir la realidad común. No es gratuito que Searle llame la atención sobre la importancia ontológica de comunicarnos. La interacción de espíritus en la conversación es una disposición importante para la comunicación. Es una actividad absolutamente humana que convoca la responsabilidad de habérselas con unas ideas y creencias.



Conversar es la posibilidad de identificar los límites morales y de posicionarse en el mundo. No debe olvidarse que lo primero es identificar la identidad del *yo*, y para ello es menester la conversación. Esto se lee en Taylor:

La definición que hago de mí mismo se comprende como la respuesta a la pregunta “¿Quién soy yo?”. Y esta encuentra su sentido original en el intercambio entre hablantes. Yo defino quien soy al definir el sitio desde donde hablo (p. 51).

La ubicación desde donde se habla puede tener que ver con identificar el contexto social del cual se participa. En este sentido conviene citar a François Lyotard, para él “el ciudadano es el individuo humano cuyo derecho de dirigirse a los otros le es reconocido por estos”. Según esto, ganarse el derecho a hablar es lograr ser reconocido por el otro, es lograr que el otro me haga parte del grupo social, en este caso ser reconocido como ciudadano. Así se lee en Lyotard:

La capacidad de interlocución no tiene un límite *a priori*. Asociada a la recursividad del lenguaje humano y a su traducibilidad, está destinada a aprehender a todos los locutores humanos en una comunidad hablante. De esta potencia de hecho surge lo que llamaré un efecto de derecho. Si todo humano puede ser un interlocutor para los otros humanos, entonces debe poder serlo. Se desliza del sentido del poder como capacidad a aquel del poder como “tener derecho” (Lyotard, 1994, p. 4).

Entonces, lograr poder expresarse ante el otro, lograr ganarse el derecho a interactuar con lo que puede llamarse *espíritu*¹, es lograr participar de la cohesión social. En este sentido, empieza a hablarse de un grupo social, de ciudadanos que conviven, de un *yo* plural que sólo es posible en la conversación.

En principio, el nosotros humano resulta de la interlocución [...] En este nosotros, la figura del otro permanece presente distintamente a cada uno, en tanto que el otro es un interlocutor posible. Uno y otro pueden llegar a un acuerdo, después de la argumentación y el debate, y entonces estabilizar su comunidad por el contrato. (p. 2).

Estas nociones de Lyotard se hallan afines con los elementos teóricos de Taylor. Para este último, la conversación, la interlocución es relevante para el reconocimiento social; puede traducirse como identificación de los presupuestos culturales. Para Taylor, el tema de una conversación es el tema para los conversadores, y no sólo un tema para cada uno, si bien en cierto sentido lo es. La posibilidad de aprender lo que pueda ser el amor, la ansiedad, la vida,

¹La noción de “contacto de los espíritus” se toma prestada de Chaim Perelman. En su obra *El imperio retórico* afirma que toda argumentación presupone el contacto de los espíritus. Según Perelman, este contacto de los espíritus puede favorecer o impedir instituciones sociales y políticas. Ese contacto se da entre orador y auditorio, y consiste en que el auditorio escuche lo que dice el orador. Para Perelman, el contacto de los espíritus es un contacto intelectual entre el que habla y el que escucha, y uno y otro tienen en determinando momento su turno de hablar y su turno de escuchar.



etc., surge a través de las experiencias que se tengan con los otros en un *nosotros*. Después de cualquier conversación, según Taylor, puede desarrollarse una manera original de comprenderse a sí mismo y a la vida humana. Se generan innovaciones que se dan desde la base de un lenguaje común. La conversación se vuelve entonces una actividad que catapulta la autodefinición y el posicionamiento en el mundo. Esto vuelve y dice al respecto Taylor:

Este es el sentido en el que no es posible ser un yo solitario. Soy un yo sólo en relación con ciertos interlocutores: en cierta manera, en relación a esos compañeros de conversación que fueron esenciales para que lograra mi propia autodefinición; en otra, en relación a quienes actualmente son esenciales para la continuación del dominio que tengo de los lenguajes de la autocomprensión, y, desde luego, es posible que estas maneras vayan superpuestas. El yo sólo existe dentro de lo que denomino la “urdimbre de la interlocución” (Taylor, 1996, p. 52).

22

Debe recalcar el valor que da Taylor a la posibilidad de expresarse, de poner en público las opiniones o puntos de vista. El posicionamiento en el mundo es revisarse constantemente, y siguiendo a Taylor, revisarse de cara al bien, porque en últimas la conversación es una orientación hacia el bien. En este sentido, Taylor entiende la vida como narrativa. La conversación es promisoría en toda esta edificación; es la posibilidad de revisarse en la historia y en el presente; y la posibilidad de proyectarse al futuro, en todo esto está el sentido de narrarse en la conversación.

Mi vida siempre tiene un grado de comprensión narrativa; yo entiendo mi acción presente en la forma de un “y entonces” : ahí estaba A (lo que soy), y entonces hago B (lo que proyecto llegar a ser) [...] Por tanto, dar sentido a mi acción actual, cuando no se trata de una cuestión baladí como donde debo ir en el transcurso de los próximos cinco minutos, sino de la cuestión de mi lugar en relación al bien, requiere una comprensión narrativa de mi vida, una percepción de lo que he llegado a ser que sólo puede dar una narración (Taylor, 1996, p. 64-65).

En este sentido, la ubicación del *yo* en el espacio moral no es sólo saber dónde se está, sino hacia donde se va. Lo segundo tiene que ver con un entrar o quedarse fuera; es cuestión de sí o no. Por eso la vida como narrativa adquiere sentido; por eso la expresión se asume importante; por eso la conversación posiciona al conversador. El hablante siempre expresa su experiencia y su cosmovisión; su relación con el mundo.

El sentido que se puede tener de sí mismo, es el de un ser que crece y deviene constantemente. Dado esto es que sólo el *yo* puede conocerse a través de su propia historia, que involucra maduraciones, errores, aciertos, regresiones, etc. La comprensión que se tiene de sí mismo se logra en la profundidad del tiempo y en la narrativa.



He venido defendiendo que para encontrar un mínimo sentido a nuestras vidas, para tener una identidad, necesitamos de una orientación al bien, lo que significa una cierta percepción de discriminación cualitativa, de lo incomparablemente superior. Ahora vemos que dicha percepción del bien ha de ir entretejida en la comprensión que tengo de mi vida como una historia que va desplegándose. Pero esto es manifestar otra condición básica para poder comprendernos: hemos de asir nuestras vidas en una narrativa [...] nuestras vidas existen en ese espacio de interrogantes al que sólo puede responder una narrativa coherente. Para tener sentido de quienes somos hemos de tener una noción de cómo hemos llegado a ser y de hacia dónde nos encaminamos (Taylor, 1996, p. 64).

Finalmente, la relación lenguaje, conversación y ciudadanía se configura en virtud del valor mismo de la ciudadanía. Hay que decir, por mor de la claridad, que la conversación se mueve al nivel de la opinión. Para la expresión de esa opinión es necesario poseer un lenguaje común. Por esa razón, Kymlicka apunta con lucidez la importancia de un lenguaje común para poder participar de la vida humana habitual, que puede llamarse social o cultural:

En el caso de la cultura societal, este léxico compartido es el léxico cotidiano de la vida social, que se expresa en las prácticas que abarcan la mayor parte de las áreas de la actividad humana. Y en el mundo moderno, el que una cultura se exprese en la vida social significa que debe tener una expresión institucional (Kymlicka, 1996, p. 112).

En este sentido, la edificación del ser ciudadano reclama la necesidad, para tal efecto, del lenguaje. Y reclama esta necesidad, toda vez que es necesaria la conversación para hacerse ciudadano, porque como dijo Lyotard: “El ciudadano es el individuo humano cuyo derecho de dirigirse a los otros le es reconocido por estos” (Lyotard, 1994, p.2); lo cual indica que para hacerse ciudadano es menester la interlocución, la conversación y, para conversar, se necesita de un lenguaje común. En otras palabras, se posee lenguaje común, con él se conversa, y con la conversación se hace ciudadanía; esto justifica la importancia del lenguaje en la construcción del ciudadano.

La ciudadanía debe asumirse como un escenario donde las diferencias se superan. Es el lugar donde la participación, en su significado ideal, se respeta y se lleva a cabo. Conversar, como puede intuirse, es el lugar ideal para garantizar esa participación, es decir, para garantizar la ciudadanía.

Si la ciudadanía está diferenciada ya no proporciona una experiencia compartida o un estatus común, sino que se convertiría en otro factor de desunión en lugar de cultivar la unidad frente a la creciente diversidad social. La ciudadanía debería ser un foro donde la gente superase sus diferencias y pensase en el bien común de todos los ciudadanos (Kymlicka, 1996, p. 241).

En este sentido puede decirse que explorar la relación lenguaje, conversación y ciudadanía supone una mirada ética de la conversación como uso del lenguaje en sentido público.



Referencias

- Cassirer, E. (1992). *Antropología filosófica*. México, D.F.: Fondo de cultura económica.
- Kymlicka, W. (1996). *Ciudadanía multicultural*. Barcelona, España: Paidós.
- Lyotard, F. *Los derechos del otro*. (1994). En conferencia. Conferencia llevada a cabo en el auditorio *León de Greiff* de la universidad nacional de Colombia, Bogotá, Colombia.
- Sapir, E. (1954). *El lenguaje: Introducción al estudio del habla*. México, D.F.: Fondo de cultura económica.
- Taylor, Ch. (1996). *Las fuentes del Yo: la construcción de la identidad moderna*. Barcelona, España: Paidós.
- Volpi, Franco. *El Nihilismo*: Madrid. Editorial Ciruela. 2007.
- Wellek, René. *Historia de la Crítica Moderna (1750- 1950)*. Madrid: Editorial Gredos. 1988.